

CIENCIA FICCIÓN

SELECCION **23**



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

Presentación: *Cuando la SF riza el rizo*, Carlo Frabetti.

Las arenas azules de la Tierra (Hopsoil), Robert F. Young, 1960.

Verano retrógrado (Retrogate Summer), John Varley, 1975.

«Piggy» (*Piggy*), Kit Reed, 1961.

Últimas noticias (With the Evening News), Richard Lupoff, 1975.

El ejecutivo (The Dispatch Executive), William Blau, 1961.

El problema del puente quejumbroso (The Problem of the Sore Bridge), Harry Manders, 1975.

Una galaxia llamada Roma (A Galaxy Called Rome), Barry N. Marlzberg, 1975.

PRESENTACIÓN

Cuando la SF riza el rizo

Puesto que la SF¹ se ocupa (entre otras cosas) de los distintos aspectos de la ciencia, era lógico que acabara ocupándose también de la ciencia... ficción. Esto puede parecer un mero juego de palabras, pero expresa un fenómeno muy concreto —aunque no demasiado frecuente— dentro del género: la existencia de unos relatos de SF cuyo objeto de especulación es, directa o indirectamente, la SF misma.

Género eminentemente reflexivo y analítico, no podía dejar de lado la autorreflexión y el autoanálisis.

Una de las manifestaciones más habituales de esta SF que riza el rizo, esta «reciencia-ficción» (o SF², para los matemáticos y amantes de la lógica simbólica), es, como se puede suponer, la parodia, que en este caso es autoparodia. Un género que siempre ha hecho de la ironía uno de sus recursos críticos favoritos, halla en la autoironía una de las más eficaces —y divertidas— formas de autocrítica. Y para dejarnos de una vez de juegos de palabras, de rizar rizo, remito al lector al primer relato de esta selección: Las arenas azules de la Tierra, que muestra mejor que cualquier análisis de qué forma la SF puede convertirse en el blanco de sus propios dardos satíricos, y cuán interesante (y divertido) puede ser el resultado.

Y si en el primer relato encontramos una clara muestra de autoparodia, en el último —Una galaxia llamada Roma— asistimos a una autorreflexión completamente seria (aunque no exenta de ironía) sobre el género, sus recursos y sus mecanismos (e incluso sus tópicos).

*Aunque el caso de una narración centrada en la SF misma como objeto de análisis no sea muy frecuente, lo que si hallamos a menudo son relatos en que algún elemento del género aparece «distanciado» o abiertamente presentado como tal elemento característico de la SF. No hace mucho publicamos *El árbol de saliva*, de Brian Aldiss^[2], un homenaje a papá Wells en el que el propio H. G. aparece como «estrella invitada»; y en esta misma selección hay un relato en que se alude a otro autor de notable influencia en el género —Conan Doyle— a través de su célebre retoño mental Sherlock Holmes (por cierto que ya lo tuvimos recientemente en nuestras páginas, en un relato —La aventura del cliente marciano, selección 19—, que situaba al personaje de Conan Doyle en el escenario wellsiano de La guerra de los mundos; relato que, además de rendir homenaje a ambos maestros, es otro claro ejemplo de SF sobre la SF).*

Pero no sólo la SF riza el rizo. Otros lo hacen, y a menudo con fines no tan elogiables como la autocrítica; por ejemplo, los medios de información... Lean, si no, las inquietantes Últimas noticias incluidas en este volumen, y piensen hasta dónde puede llegar el «rizado» de la manipulación informativa... que, desde luego —y permítanme un último juego de palabras—, es «permanente».

CARLO FRABETTI

LAS ARENAS AZULES DE LA TIERRA

Robert F. Young

Marte ha sido durante décadas el objetivo favorito de los autores de SF. Desde Wells a Bradbury, pasando por Rice Burroughs, han sido legión los astronautas literarios que han hecho volar (nunca mejor dicho) su imaginación hacia el sugestivo planeta rojo. Si un hipotético marciano leyera todo lo que los terrestres han escrito sobre su mundo, probablemente se partiría de risa... O, tal vez, como «venganza poética», escribiría un relato como el que sigue.

NOTA: La historia que sigue llegó hasta mi por conductos hasta ahora inaccesibles, cuya naturaleza no puedo ni debo divulgar. Es, por lo que sé, la primera historia marciana de ciencia ficción que llega a la Tierra, y aunque siga su propio curso, hay muchas cosas que se pueden deducir de ella, como, por ejemplo: 1) Que los marcianos son muy parecidos a nosotros. 2) Que su civilización es muy parecida a la nuestra. 3) Que todo el tiempo que los escritores de ciencia ficción de la Tierra han empleado usando a Marte como espejo de los defectos de nuestra sociedad, los escritores marcianos de ciencia ficción lo han empleado a su vez usando a la Tierra como espejo de los defectos de la suya. 4) Que el asunto de las imitaciones ha sido tan explotado en Marte como en la Tierra, y que algunos escritores marcianos de ciencia ficción han empezado a parodiar a otros escritores marcianos de ciencia ficción. 5) Que esta misma historia está entre dichas parodias.

La nave descendió de la abismal inmensidad y se posó, como un oscuro pájaro sin alas, sobre las arenas azules de la Tierra.

El capitán Frimpf abrió la puerta. Salió a la centelleante luz del sol y llenó sus pulmones con una bocanada de aire fresco. A su alrededor, llegando hasta el ondulado horizonte, se extendían las arenas azules. En la distancia, los destrozados edificios de una ciudad extinguida hacia mucho tiempo brillaban bajo la luz como grandes alas de cristal coloreado. Más arriba, pequeñas nubes redondas jugaban en el enorme campo de juegos del cielo.

Se le nublaron los ojos. «La Tierra —pensó—. ¡La Tierra al fin!»

Los tres hombres: que componían el resto de la tripulación salieron de la nave y se detuvieron a su lado. Ellos también miraron el paisaje con ojos nublados.

—Azul —suspiró Birp.

—Azul —murmuró Fardel.

—Azul —masculló Pempf.

—Azul, naturalmente —acabó el capitán con suavidad—. ¿No han sostenido nuestros astrónomos durante mucho tiempo que el color azul de la Tierra no puede ser atribuido solamente a la capacidad para absorber la luz que tiene su atmósfera? ¡La superficie *tenía* que ser azul!

Y agachándose, recogió un puñado de la extraña sustancia que cayó por entre sus dedos como humo azul.

—Las arenas azules de la Tierra —murmuró reverentemente. Se enderezó y, quitándose el casco, dejó que el aire limpio de la Tierra le acariciase el pelo, a la brillante luz del sol. En la distancia, la ciudad dejaba escapar un sonido semejante al de muchas campanas de cristal, el viento le trajo aquel sonido por encima de las arenas azules, y él pensó en los cálidos veranos de Marte y en sus largos y perezosos días, y en sus tardes calurosas, en las que se tomaba un refresco en el porche de la abuela Frimpf.

Sintió que alguien respiraba sobre su cuello y se volvió, irritado.

—¿Qué le ocurre, Birp?

Birp se aclaró la garganta:

—Lo siento, señor —dijo—. Pero ¿no cree usted que...? Quiero decir, señor, que ha sido un largo viaje, y Pempf, Fardel y yo estamos un poco se..., quiero decir que estamos un poco tensos y que pensamos...

Pero ante la expresión de reproche que vio en los ojos del capitán, dejó la frase en suspenso.

—Muy bien —dijo éste fríamente—. Abrid una caja de esa bazofia, pero sólo una, ¿entendido? Y si encuentro una

sola botella vacía estropeando este paisaje virgen os daré con ella en la cabeza.

Birp, que había salido disparado hacia la nave, se paró en seco al oír la advertencia del capitán.

—Pero ¿qué haremos, entonces, señor? Si las ponemos otra vez en la nave tendremos que gastar mucho combustible para despegar, y ya andamos con las reservas justas.

El capitán reflexionó unos instantes. No era un gran problema y lo resolvió en seguida sin muchas dificultades.

—Enterradlas —contestó.

Mientras la tripulación se tragaba su cerveza, el capitán permaneció mirando hacia la distante ciudad. Se imaginó a sí mismo contando todo aquello a su esposa cuando volviese a Marte, y se imaginó a sí mismo sentado ante la mesa del comedor describiendo las torres de cristal, las agujas centelleantes y los ruinosos edificios.

A su pesar, vio también a su esposa. Sentada al otro extremo de la mesa, escuchaba y comía, pero más tragaba que escuchaba. ¡Cielos!, estaba más gorda ahora que cuando él habla partido. Por milésima vez se preguntó por qué las esposas tenían que engordar tanto..., tanto, que a veces sus maridos tenían que sacarlas en carretones. ¿Por qué no se levantaban y se movían de vez en cuando en lugar de abalanzarse en manada sobre cualquier electrodoméstico que los fabricantes lanzaran al mercado? ¿Y por qué tenían que comer, comer y tragar todo el tiempo?

El rostro del capitán palideció al pensar en la factura del mercado que tendría que pagar a su vuelta, y este pensamiento le trajo otros sobre cosas igualmente angustiosas, tales como los impuestos sobre las rentas personales, la carretera, el árbol, el gas, la hierba, el aire, la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial, la tercera guerra mundial, la cuarta guerra mundial...

Suspiró. ¡Era como para darse a la bebida, aquello de tener que pagar por guerras en las que habían luchado el padre, el abuelo, el bisabuelo y el tatarabuelo! Miró con

envidia a Birp, Pempf y Fardel. A ellos no les preocupaban sus impuestos. No les preocupaba nada. Bailaban alrededor de la caja vacía de cerveza como unos auténticos bárbaros, y habían compuesto ya una canción soez sobre las arenas azules de la Tierra.

El capitán Frimpf escuchó las palabras y poco a poco se le fueron calentando las orejas.

—¡Bueno, ya está bien! —dijo bruscamente—. Enterrad la botellas, quemad la caja y volved a la nave. Mañana será un día muy duro.

Obedientes, Birp, Pempf y Fardel enterraron las cuatro filas de pequeñas botellas en la arena azul, cubriendo, uno por uno, aquellos pequeños soldados muertos. Después de quemar la caja y de dar las buenas noches al capitán entraron en la nave.

El capitán se quedó fuera. Salía la luna. ¡Y qué luna! Su mágico resplandor convirtió la llanura en un extenso mantel azul oscuro, y la ciudad en un candelabro de plata.

El misterio de aquellos edificios vacíos y de aquellas calles abandonadas cruzó la llanura y penetró hasta la médula de sus huesos.

«¿Qué había pasado con los habitantes de la ciudad? —se preguntó—. ¿Qué les había sucedido a los habitantes de las otras ciudades que había visto cuando la nave había entrado en órbita?»

Sacudió la cabeza. No lo sabía y probablemente no lo sabría nunca. Su propia ignorancia le entristeció y, de pronto, encontró irresistible el patetismo de la llanura y el ininterrumpido silencio de la noche. Volvió a la nave y cerró la puerta tras él. Estuvo largo tiempo tendido en la oscuridad de su camarote, pensando en las personas de la Tierra, en la civilización que había venido y se había ido, sin dejar tras de sí más que un puñado de cristales. Finalmente, se quedó dormido.

Cuando salió, a la mañana siguiente, había veinticuatro árboles de cerveza frente a la nave.

Este nombre surgió en el acto en la mente del capitán Frimpf. Nunca había visto árboles de cerveza, y nunca había oído hablar de ellos, pero ¿qué otro nombre podía darse a un grupo de grandes plantas leñosas con botellas de líquido ambarino colgando de sus ramas y listas para ser recogidas como frutos maduros?

Algunos de los frutos habían sido ya arrancados. Y había un semillero en el flamante huerto: por la hilera de montículos que habla al borde del huerto se podía deducir que habían sido plantadas nuevas semillas.

El capitán estaba mudo de asombro. ¿Cómo era posible que un terreno —incluso un terreno de la Tierra— hiciera crecer, de unas botellas vacías y en una sola noche, árboles de cerveza? Empezó a vislumbrar lo que les podía haber ocurrido a los habitantes de la Tierra.

Pempf vino hacia él con una botella en cada mano.

—Pruebe, señor —dijo entusiasmado—. ¡Nunca habrá probado nada semejante!

El capitán le detuvo con una mirada penetrante.

—Soy un oficial, Pempf. ¡Y los oficiales no beben cerveza!

—Lo... lo olvidé, señor. Lo siento.

—¡Ya lo creo que debe sentirlo! ¡Usted y los otros dos! ¿Quién les dio permiso para comer..., quiero decir beber frutos de la Tierra?

Pempf inclinó la cabeza lo suficiente como para demostrar que estaba arrepentido, pero no tan arrepentido como debía, de acuerdo con su graduación.

—Nadie, señor. Creo..., creo que perdimos la cabeza.

—¿No tienen la menor curiosidad por saber cómo han crecido esos árboles? Usted es el químico de la expedición. ¿Por qué no está analizando el suelo?

—No sería de ninguna utilidad, señor. Un suelo como éste, capaz, con sus propiedades, de hacer crecer árboles de botellas vacías, es el producto de una ciencia con un millón de años de adelanto sobre la nuestra. Además, señor,

no creo que el suelo sea el único responsable. Creo que la luz del sol, al reflejarse en la superficie de la luna, se combina con ciertas radiaciones lunares y da a la luz de luna resultante la facultad de fecundar y multiplicar cualquier cosa plantada en este planeta.

El capitán le miró.

—¿Cualquier cosa, dice usted?

—¿Por qué no, señor? Plantamos botellas vacías de cerveza y han salido árboles, ¿no?

—Hummm —murmuró el capitán.

Se volvió bruscamente y entró otra vez en la nave. Pasó el día en su camarote, pensando. Olvidado completamente del apretado plan del día. Después de la puesta del sol salió y enterró detrás de la nave todos los billetes de Banco que había traído consigo. Sentía no tener más, pero en realidad no importaba, porque tan pronto diesen fruto los árboles tendría todas las semillas que quisiera.

Aquella noche, por primera vez en muchos años, durmió sin soñar con la factura del mercado y con los impuestos.

Pero a la mañana siguiente, cuando salió afuera y dio apresuradamente la vuelta a la nave, no encontró ningún árbol de billetes floreciendo bajo el sol. No encontró más que los pequeños montículos que él mismo había dejado la noche anterior.

Al principio, la decepción le dejó aturdido. Luego pensó: «Quizá el dinero lleve más tiempo. Probablemente sea tan difícil de hacer crecer como de conseguirlo.» Volvió al otro lado de la nave y miró hacia el huerto. Los árboles eran tres veces más grandes que el día anterior y formaban ya un pequeño bosque. Perplejo, caminó por los claros salpicados de sol y mirando con envidia los grandes racimos de frutos de ámbar.

Un rastro de tapones le llevó hasta un claro en el que crecía un nuevo sembrado. Crecía a ojos vistas. Pempf, Fardel y Birp bailaban alrededor como ninfas barbudas de los bosques, esgrimiendo botellas y cantando a voz en grito.

La canción obscena sobre las arenas azules de la Tierra tenía ahora una segunda estrofa.

Al verle se detuvieron en seco, y al advertir la expresión del capitán dieron por terminada la fiesta. Este se preguntó si habrían dormido aquella noche. Lo dudaba. Pero hubiesen dormido o no, estaba claro que la disciplina se relajaba rápidamente. Si quería salvar la expedición tenía que actuar con prontitud.

Pero, por alguna razón, su iniciativa parecía haberle abandonado. La idea de salvar la expedición le hizo pensar en la vuelta a Marte, y la vuelta a Marte le hizo pensar en su gruesa esposa, y su gruesa esposa le hizo pensar en la factura del mercado, y ésta en los impuestos, y el recuerdo de los impuestos, por una razón inexplicable, le hacía pensar en el pequeño armario de licores de su camarote y en la botella de whisky por descorchar que permanecía sola en su repisa.

Decidió aguardar hasta mañana para reprender a la tripulación. Seguramente por entonces sus árboles de billetes habrían surgido ya de la tierra, dándole una idea de cuánto debía esperar para recoger su primera cosecha de dinero y plantar la segunda. Cuando su fortuna estuviese asegurada podría encararse mejor con el problema de los árboles de cerveza.

Pero a la mañana siguiente los montículos, en la parte de atrás de la nave, estaban igual. El huerto de cerveza, por el contrario, era algo digno de verse. Se había extendido hasta la mitad de la llanura, en dirección a la ciudad muerta, y el viento, en las ramas cargadas de frutos, hacía un sonido semejante al de una planta embotelladora en plena producción.

En la mente del capitán quedaban muy pocas dudas sobre la suerte que habían corrido los habitantes de la Tierra. Pero ¿qué había ocurrido con los árboles que dichos habitantes habían plantado? No era un tipo obtuso, y la respuesta llegó en seguida. Los habitantes de la Tierra habían

llevado a cabo una función semejante a la de las abejas en Marte: al beber el fruto líquido habían fecundado el caparazón de cristal que le recubría, y estos caparazones fecundados y plantados habían producido nuevos árboles.

«Una ecología muy agradable —pensó el capitán.»

Pero como todas las buenas cosas se había extinguido. Una por una, todas las personas se habían convertido en activos fecundadores, y, finalmente, habían muerto agotados, y los árboles, incapaces de reproducirse por sí solos, se habían extinguido.

Un destino trágico, sin duda. Pero ¿era acaso más trágico que morir a causa de los impuestos?

El capitán pasó el resto del día tratando de encontrar un medio de fecundar el dinero. Sus ojos se desviaban cada vez con más frecuencia hacia la puerta del pequeño armario de los licores. Al atardecer, Birp, Pempf y Fardel aparecieron solicitando una audiencia.

Fardel fue quien habló.

—Señor —dijo—. Lo hemos decidido. No vamos a volver a Marte.

El capitán no se sorprendió, pero no pudo dejar de mostrarse irritado.

—¡Volved a vuestro huerto y dejadme en paz! —dijo, dándoles la espalda.

Cuando hubieron salido fue hasta el armario de los licores y abrió la puerta. Cogió la única botella que quedaba. Sus dos compañeras habían quedado vacías hacía tiempo, y habían sido arrojadas por el dispositivo de eliminación. Ahora flotaban, en órbita, en algún lugar entre la Tierra y Marte.

—Ha sido una suerte que salvara una —dijo, y la fecundó; luego salió, tambaleándose, y la enterró, detrás de la nave, y se sentó para ver cómo crecía.

Quizá sus árboles de dinero crecieran, o quizá no. Si no crecían no volverla a Marte. Estaba harto de su gruesa esposa, estaba harto de la cuenta del mercado y de los im-

puestos sobre las rentas personales, la carretera, el árbol, el gas, la hierba y el aire, y de los de la primera, segunda, tercera, y cuarta guerras mundiales. Y sobre todo estaba harto de ser un honorable oficial con la boca seca.

Salió la luna y él pudo ver, encantado, cómo los primeros brotes de su árbol de whisky surgían de las arenas azules de la Tierra.